

ISABA, EZKAURRE Y UNA LEYENDA

POR MARCOS FELIU

De todos los pueblos del Roncal, es Isaba el que guarda más gratos recuerdos para el montañero. La fisonomía de Isaba está íntimamente unida a la brava peña de Ezkaurre, punto dominante del paisaje que lo circunda. Y no sólo pintorescamente sino hasta históricamente, ya que algunos autores señalan una pequeña cueva sita entre sus cimas como el lugar de la coronación de García Ximénez, fundador de la monarquía navarra.

Se asienta Isaba en la parte inferior de un escarpado monte denominado de San Julián o del Castillo, por haber existido uno en tiempos de Don García Ximénez. Sus calles son estrechas y empinadas, pero bien cuidadas y limpias, pese a su empedrado irregular. Las casas son de oscura y gruesa piedra con portadas sobre las que campea el escudo nobiliario y el tejado netamente pirenaico, en pronunciado declive para expulsar la nieve caída. Consta de los barrios de Barricata, Izargentea, Burqui-Berria, Mormapea, Gariyardoyan y Mendigacha, entre la confluencia de los ríos Belagua, Belabarce y Ustároz, de cuya unión nace el Ezca. Y se halla rodeada de hermosos bosques que trepan por las laderas de altivas montañas.

De todo este círculo de montes destaca como rey indiscutible Ezkaurre. Sin embargo esta cima que se contempla, oculta a otras dos más altas y la mayor, la más oriental mide 2.047 metros. Las cumbres son unos lomos muy poco elegantes, pero están rodeadas por abismos impresionantes por casi todas partes. Es un paraíso de la escalada en potencia, ya que hasta la fecha ha sido muy poco visitado. Las únicas escaladas conocidas son la arista N. E. que asciende de Zuriza a la cumbre mayor, vía trazada por unos madrileños, uno de ellos el actual presidente de la Federación de Montaña, Sr. Félix Méndez. Y junto a la cumbre menor las agujas de Berroeta y Gran Aguja de las Ateas, vencidas por escaladores del C. D. Navarra.

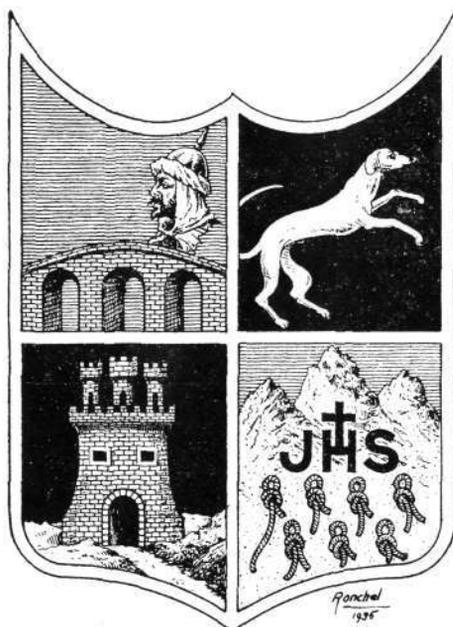
Dos rutas normales se utilizan para ganar la cumbre. Una desde el valle de Belabarce, frente a la borda de Francho, entre frondoso bosque de hayas se inicia un marcado camino, que asciende fuerte ladera, hasta salir a terreno despejado. Pronto se llega a la borda de Baines, sugestivo rincón pastoril. Encima una collada, de esta arranca una barrancada, en ella la legendaria cueva de Ezkaurre, más bien un techo de roca ya que carece de profundidad. Al final del barranco tomar dirección E. ganando la cresta que suavemente nos conducirá a la cima, con un horario que puede ser inferior a la hora y media. Si nos lle-

gamos unos metros más hacia el E., llegaremos al borde del corte de la Peña sobre el río Veral, mil metros más abajo en ese desfiladero que da acceso a Zuriza, denominado de las Forcas.

La otra ruta parte directamente de Isaba, siguiendo el camino de Belabarce por las Ateas, 26 minutos, hasta la borda de Vicente. Aquí se traspone el arroyo de Belabarce, para ascender por la derecha del barranco de Berroet hasta el collado que da vista al valle de Ansó. En este lugar se marcha en dirección N., por la roca, hasta alcanzar la cresta en el coll, para torcer al E. y seguir la misma cresta cimera (unas dos horas). Esta bella ascensión a este estupendo mirador del Pirineo Navarro que es Ezkaurre no es más que una excursión mañanera partiendo de Isaba.

Entre los blasones que ostentan muchas casas de Isaba, siempre me había llamado la atención uno que representa una cabeza de moro sobre un puente. Cuando más tarde pude contemplar el escudo del valle, vi que también figuraba esté junto con otros tres cuarteles; un lebrél en posición rampante, un castillo y la tricúspide de Ezkaurre con los siete lazos que simbolizan los siete pueblos del Roncal. Ahora en un viejo libro he hallado una leyenda que cuenta el origen de este cuartel. Es tal su belleza que no he podido resistir la tentación de transcribirla.

—El «alayua», repetido por el eco, levanta murmullos de terror e incertidumbre... Añelarra, Muludoya, Goiti y Ezkaurre aparecen iluminados por las fatídicas hogueras; enmudece el txistu; cesan los ágiles movimientos de los danzantes; alternan los aullidos de los lobos, con el terrible grito de guerra que suena más lúgubre y belicoso que nunca; se multiplican las hogueras; las cumbres de Ardibidegaña, Goyenburu, Crucheta e Igardacua parecen fantásticos volca-



nes en erupción; sus llamas tiñen de rojo el firmamento limpio de nubes; Leyre, Areta... todos los montes de Euskalerría repiten la llamada angustiosa.

¡Euskalerría! ¡Euskalerría!, ha llegado la hora de la defensa.

No olvidéis las palabras de tu padre Aitor: «No seas conquistadora pero no te dejes conquistar. Si quieres ser libre, vive tranquila en tus selvas del Pirineo, en tus feraces y rientes valles, en tus costas feraces y turbulentas... Te dejo el trabajo por herencia. Ten preparada la espada y el arco y no las utilices más que en tu defensa. Veo pueblos de muchas razas que vienen sobre tí, unos en son de paz, otros jinetes en briosos corceles con ejércitos numerosos, con tantas lanzas, que semejan selvas de acero y que siembran a su paso la desolación y la muerte. Vasco, vive alerta y desde las cumbres de tus montañas vigila sin cesar».

Un silencio misterioso envuelve las selvas milenarias; ya no ríe cantarín el riachuelo que serpentea entre malezas y bardales; diríase que llora al deslizarse por las cascadas y artísticos desfiladeros que muy pronto se verán tintos en sangre. Ni una voz, ni un ruido en las casas abandonadas; se apagaron las hogueras en torno de las cuales hábiles danzantes entusiasmaban a los espectadores, haciéndoles prorrumpir en alegres irrintzís. Se oye un murmullo que muy pronto se precisa: clarines de guerra, piafar de caballos, gritos y alaridos; cuernos de asta, alayuas de reto, piedras que ruedan por precipicios sin fin...

Lanzas que brillan, una, dos... mil forman un ejército tan numeroso como los pinos de sus montañas. La asamblea, presidida por los más ancianos, queda ininterrumpida; ya brillan las hogueras de los primeros incendios... Todos se apresuran a tomar la guadaña y la espada; las más bellas de sus mujeres, si Dios no lo remedia, pronto se contarán entre las esclavas de Abderramán. Pero no... que las roncalesas no nacieron para esclavas. Ya está decidido; sacrificarán sus hermosos cabellos y vestidas de guerreros, ayudarán en lo que puedan y como puedan.

El griterío aumenta; invocaciones a Alá y maldiciones; chocar de espadas; claridos de guerra; caballos que se despeñan; gritos de los heridos que son rematados sin piedad; los cuernos de asta y los clarines animando a los combatientes se mezclan con los aullidos de los lobos que olfatean la carne palpitante, merodeando por el campo de Olast. Los vascos se defienden a duras penas; sus mujeres, resguardadas por los riscos, manejan la honda y el arco contagiadas del furor bélico de los combatientes; corren ríos de sangre que se despeñan por el sitio denominado hoy la Portillada; el resplandor del incendio que destruye sus hogares, enardece a los vascos, que piensan en sucumbir con sus mujeres antes de rendirse al invasor. Trepan por las rocas dispuestos a obedecer a la primera indicación, cuando suena claro y definido el cuerno de asta de su amado rey Fortuño.

La lucha se hace encarnizada; los vascos se crecen; vestidos de pieles y con la cabeza descubierta, fuertes y musculosos, ágiles y audaces, consiguen replegar al ejército árabe en una explanada, sin más salida que un precipicio, por el que se arrojan desbocados sus caballos al fondo del desfiladero. Abderramán I con los restos de sus tropas y el alma herida por la derrota, huye hacia el Aragón. El Sol se muestra en su ocaso y teme una emboscada de este pueblo amante cual ninguno de su independencia. Ya distingue los límites de



Vista parcial de Isaba. Al fondo Seisa y Peña Ezkaurre.

sus territorios y renace su tranquilidad al recordar que Fortuño García no le puede cortar la retirada; pasará tranquilo el río, pues nadie le acecha en las selvas de Leyre.

Anochece, cuando cruzan silenciosos el puente de Yesa, el alayua guerrero atruena el espacio, llevando el desorden a las reducidas tropas que acompañan al rey moro; huyen a la desbandada, y se encuentran rodeados de vascos tan decididos y valerosos como los que dejaron celebrando su derrota en los campos de Olast.

La salida del puente está cerrada por una muralla humana. No hay salvación; los más decididos se arrojan al agua que los arrastra, golpeándolos sin piedad contra las rocas en que están asentados sus pilares. Queda el rey casi solo en el puente; fatalista, como buen musulmán, murmura entre dientes: «Estaba escrito». Cuando siente en el cuello el tajo frío de la espada que empuña una adolescente, una mujer pálida y demudada, que luego arroja el arma lejos de sí y se cubre el rostro con las manos. Abderramán cae desplomado sin saber que fueron las intrépidas amazonas roncalesas quienes le prepararon esta celada, adelantándose en su camino por los montes de Leyre.

¡Alegria! ¡Alegria! Con la ayuda de sus mujeres ganaron nuevo cuartel para su escudo. Desde el año 785, junto a los siete lazos, lucirán orgullosos un puente con la cabeza cortada del rey moro.

Ya no suenan los gritos de guerra; los irrintzis atruenan el espacio celebrando el triunfo. De nuevo en torno de las hogueras bailan ágiles sus danzantes al son del txistu, mientras Ezkaurre, rompiendo los blancos cendales de la niebla que lo envuelve, se yergue majestuoso oteando el horizonte.